

JULIO CALCAÑO

Tema: “Diversos períodos de la
civilización venezolana
15 de noviembre de 1908

Señores Académicos:

Si el conocimiento de mi propia insuficiencia y de los méritos relevantes que distinguen a los miembros de esta docta corporación, me obligó siempre a esquivar el pertenecer a ella, ¡cuantas no serán mi confusión y perplejidad, y cuanta mi gratitud, al verme llamado por vosotros a ocupar el sillón en que tuvo asiento uno de los más ilustres hombres de letras de que a justo título se ufana la América Española; disertador prosador, poeta delicado, varón merecedor de eterna memoria, y antiguo amigo y compañero mío, de los más queridos de mi alma.

Pobre de intelecto, y agotadas ya mis fuerzas en la lucha de una larga y trabajosa vida, ¿que podré decir en la ocasión de ahora que sea digno de tan egregio literato y de este senado esclarecido? Si vosotros solos me escuchaseis, yo descansaría en el cariño y la nobleza que os han impulsado a vencer mis temores y traerme como de la mano al lado vuestro. En presencia de auditorio tan numeroso e ilustrado, yo imploro benevolencia suma y noble gentileza.

De Jacinto Gutiérrez Coll hablan con mayor acierto que yo los sonoros clarines del Parnaso, las águilas que se ciernen en los cielos, las banderas gloriosas de la patria, los pájaros del bosque, los ríos y los mares, las flores, las nubes y los astros, cuanto tiene un acento, un aroma o un color para conmover y deleitar el corazón y el espíritu. Si queréis recordar su poesía melancólica, suave y perfumada, imaginad que a la hora del crepúsculo vespertino las auras de la montaña os traen los aromas de las flores y de la hierba fresca, y todos los ruidos misteriosos de las selvas americanas.

De vosotros, señores Académicos, hablan con elocuencia, y más alto y mejor que yo, vuestro patriotismo, vuestro saber y nobilísimas tareas.

En éstas sois y debéis ser incansables, a fin de que se rinda culto a la verdad, y pueda ella dar vida y espíritu a la esforzada virtud que debe ejercer la historia. Acaso no haya en la República Cuerpos tan importantes como las Academias Venezolana y de la Historia: la una para mantener y depurar en lo posible el habla vigorosa y flexible de los Saavedras y Solises, de los Luises de León y de Granada; la otra para investigar nuestros orígenes, estudiar y rectificar nuestra historia, llenar lagunas, corregir errores y apasionamientos, rectificar despropósitos, hacinar documentos, y vulgarizar las leyes científicas y fundamentales de la historia, de modo que ésta llegue a ser el trasunto de la civilización patria, y testimonio y espejo de los acontecimientos, de los hombres y de las conquistas alcanzadas en el campo de la libertad y de la cultura, de las ciencias y de las artes.

La historia, calificada por algunos críticos de grande embustera de las naciones, necesita de estas asambleas fiscalizadoras para que sea, como le cumple, no embaucadora de los pueblos ni noveladora fantástica, sino maestra de la vida y oráculo que, por medio del estudio del pasado, sea guía del presente y reveladora del porvenir. Es éste precisamente el fin primordial de la historia, pues nada anhela tanto el hombre como el conocimiento de los sucesos venideros; curiosidad innata, vehemente y natural,

que ha sido siempre el tormento de la humanidad en el seno del misterio que rodea al universo. Por ello en las edades antiguas se interrogaba a las piedras y a los ríos, a los dioses y a los astros y se veneraba a las pitonisas y augures.

Estabón nos cuenta cómo las últimas convulsiones de agonía de las víctimas inmoladas a Nerón, y sus entrañas palpitantes, revelaban los acontecimientos futuros; Silvio Itálico, cómo el vuelo de la corneja o el del águila descubría el porvenir; Plutarco, cómo una corza servía de mensajera de los dioses para anunciar sus designios.

Aún hoy las tribus bárbaras del África y de América interrogan asimismo al sol y a las estrellas, deifican las piedras y los reptiles y escudriñan las entrañas de las víctimas para indagar lo venidero.

La civilización trajo un concepto más elevado de la naturaleza, que es un libro abierto a los ojos de la humanidad; de los destinos del hombre, que no ha sido creado al acaso; del Creador, que todo lo ha sometido a leyes matemáticas. Por donde la observación de los acontecimientos humanos, el estudio psicológico de las pasiones, de los impulsos del corazón y del movimiento de las ideas, dio vida a la historia para enseñanza, estímulo y felicidad de los pueblos.

La creación de la historia fue lenta y progresiva en casi todas las naciones, como lo es siempre la de todas las grandes cosas. Así como en la literatura griega, madre de la literatura romana, aparecieron primero los *linus*, los *scephrus* y los *dithyrambos* de los vedas, y luego los *rapsodas*, los *logógrafos* y los historiadores; en la literatura castellana creó el pueblo el refrán, rimólo más tarde, le vistió luego de pensamientos y episodios, y aparecieron los romances y las canciones de gestas; y las canciones de gestas y los romances sirvieron al fin de elementos principales para escribir la historia, que naturalmente fue toda en los principios o heroica o religiosa. Es un procedimiento histórico y muy natural; nada se forma repentinamente. Recordad que la música griega representa a Apolo como inventor de la *ley* y de la *lira*, y que *lira* y *ley* se expresaban con una misma palabra; del mismo modo que en Roma, según Cicerón, *cantos* y *leyes* se denotaban con el vocablo *carmina*.

Puede por esto decirse que la religión, la política y la poesía tienen una misma cuna en la vida de las sociedades humanas; de modo que hay que estudiar los antiguos monumentos de la poesía en todas las naciones para conocer sus instituciones políticas, su religión, su literatura, sus derechos y sus deberes, y el camino que han hecho para llegar a la cultura y civilización modernas. De aquí vemos que la poesía y la historia de aquellas épocas son esencialmente políticas: un poema épico puede considerarse como una historia, y una historia como un poema. Uno y otra parecen o haberse copiado o haber bebido en la misma fuente político-religiosa de la fábula, elemento primitivo éste de la religión y gobierno de los pueblos. Y como los mismos dioses entraban en batalla, y la batalla y la conquista constituían la vida de las épocas de barbarie, la historia dio comienzo por la relación de empresas guerreras, de la lucha de pueblos y gobiernos. Es éste un modo primitivo de entender lo que es historia, y muy natural en aquellas épocas. A él no se sustraen ni los más grandes historiadores de Grecia y de Roma, Herodoto y Tucídides, Tito Livio y Tácito; Herodoto, el épico narrador de las guerras de Asia y Grecia; Tucídides, el trágico inmortal; Livio, el magnífico Hornero del pueblo romano; Tácito, el inimitable forjador de rayos, preocupado con todos los horrores de la maldad, y cuyas frases nebulosas semejan un puñal oculto bajo la clámide.

Estos maestros insignes, estos artistas admirables de la antigüedad clásica, parecen haber dado la norma a la gran mayoría de los cultivadores de la historia; pues a imitarles, olvidando que son verdaderamente inimitables, creyérase que se han aplicado no pocos historiadores modernos.

Por largo tiempo, y en épocas distintas, no se ven sino historias políticas y militares, de forma artística, de estilo hermoso, de elocuentes conceptos y sentencias brillantes; mas expositivas de hechos maravillosos, encumbradoras de hazañas, como sarta de biografías entretejidas con arte, que giran en torno de los poderosos, y poco cuidan de la realidad, de la verdad, de lo auténtico, como si todo para ellos consistiese en el ornato y la belleza, y viesan al potente arquear las cejas, y sintiesen en el cuello la mano encallecida del sayón.

Hablo principalmente de la historia erudita y literaria: ¿Dónde la ciencia, la literatura, el arte útil? ¿Dónde la vida de los grandes poetas, de los grandes compositores, de los grandes inventores, de los prosadores eminentes? ¿Dónde la industria, el derecho, todo lo que forma la vida nacional de los pueblos, la vida de la humanidad, el propulsor del progreso y la civilización?

En cambio, señores, ¡qué hazañas tan estupendas! ¡Qué legión de héroes! Ocioso sería observar aquí que Cantú, Von Leixner, y otros más, rompen hoy con la rutina, porque las excepciones confirman siempre la regla.

Desde que aquel Aquiles de Castilla, aquel impetuoso Rodrigo Díaz de Vivar asombró al mundo, la historia de nuestra raza está llena de Cides. Pelayo, un Cid; Gonzalo de Córdoba, un Cid; *El Empecinado*, un Cid; un Cid Páez; un Cid Juárez. Recordar que Wellington decía, no sé si sinceramente, que llevaba en los tercios españoles una legión de Cides. Yo no niego, señores, tanta grandeza, digna de admiración y respeto. Acaso nadie se deleita como yo en la relación de las hazañas heroicas, ni las inquiere con tanto empeño, ni las aplaude y las envidia con vehemencia tanta. Confesad, no obstante, que bien están todas estas hazañas y todos estos Cides para libertar la patria del despotismo extranjero, y de nobilísimo ejemplo servirán en empresas de igual importancia y necesidad; pero hacer del acero un dios, del bronce un altar, una divinidad del plomo, y llenar las páginas de la historia sólo de acciones de guerra, de brillantes rasgos de valor, de locas aventuras y de heroísmos fabulosos como aquellos que los antiguos atribuían al poder de los dioses, es no conocer los fines altísimos de la civilización, y olvidar que el heroísmo de nuestra raza más necesita de freno que de espuela.

De este errado concepto, que pugna con los principios científicos, procede que por largo tiempo no hayamos tenido sino historias militares y heroicas, y el clarín de la fama no pregone sino el nombre de caudillos o audaces o afortunados o protegidos por circunstancias extraordinarias. ¿Qué imagen nos presenta esta cumbre de la guerra sino un campo de desolación y de muerte? Y oímos incesantes el estampido del bronce y el chasquear del acero, y vemos caer un arroyo de sangre en una charca de sangre, y un cadáver tras otro cadáver, sin que dejen de lastimarnos los oídos el víctor del vencedor y los ayes del vencido.

En las épocas de barbarie, el botín coronaba esta gloria estéril; aliarse hoy a ella sería llevar al hogar de la patria el virus de la corrupción y de la muerte. ¡Pavorosa fuera la gloria si hubiésemos de recibirla siempre de la espada ensangrentada!

Y conviene tener presente, señores Académicos, que a las veces el heroísmo es parto de la desesperación del miedo; la generosidad nace siempre espontánea de la grandeza del alma. Más que sus empresas guerreras, valiéronle a Augusto sus sabias leyes y el perdón de Cinna. La posteridad no admirará ya en Falcón sino el Decreto inmortal de Garantías.

Esta errónea idea que me ocupa, nacida de la imitación de los historiadores antiguos, es lo que disminuye la eficacia moral de la historia; y fue, sin duda, lo que en primer término movió a Cicerón a sostener que la historia era la mayor enemiga de la tranquilidad pública.

Aparte de las causas políticas y sociales que dan origen a las grandes revoluciones, nadie podrá contestar la influencia que en éstas ejerce el incontrastable poder de las letras. Los filósofos y los literatos franceses, empujados en el estudio de los historiadores griegos y romanos, contribuyeron a la pavorosa explosión de 93. Recordad que todos aspiraban a ser oradores y legionarios de la antigua Roma, o soldados de Maratón y de Platea. El guerrero corso de la Francia republicana acabó por subir al Consulado y al Imperio, y revivió las pompas de los Césares para morir atado a la roca de Santa Helena.

¿Quiénes influyeron con mayor poderío en el cambio del espíritu italiano y en las victorias de la nueva Italia? Tres hombres de letras que rendían culto a los historiadores y poetas de la Roma pagana: el Dante, el Machiavelli y el Alfieri, el grande Alfieri, hijo de una zantota, admirador de Plutarco, y quien hizo del teatro ariete de demolición y pedestal de su gloria. Detrás de ellos vinieron el Monti y el Fóscolo, el Nicolini y el Leopardi, y otros más, impulsores todos de la revolución. En mi patria misma he visto patente la influencia que ejercen en el carácter del hombre el estudio de este género de literatura y la reproducción de las acciones heroicas de la antigüedad. Es ésta una sugestión tan potente como la que se alcanza por medio del hipnotismo, y ello comprueba que la educación tiene tanto poder en el hombre como las inclinaciones heredadas. No sólo las ideas de la revolución francesa influyeron en la revolución de la independencia de la gran Colombia. Leed los escritos de sus prohombres y veréis las alusiones a los tiempos de Roma republicana; leed la historia, y admiraréis "almas romanas como la de Ricaurte y la de Girardot, la de Freites y la de Calderón. Vosotros sabéis demasiado que Bruto y Mario, Régulo y Scévola, los Escipiones y los Fabios retemplaron el espíritu de los grandes hombres de Colombia.

¿Queréis más, señores académicos? Recordad al Director del Colegio *El Salvador del Mundo*. Carácter vehemente y tesonero, entusiasta y soñador, aquel gran literato no vivía sino en la admiración de los clásicos. Por donde quiera veía opresores y oprimidos, y el hierro y el látigo. De sus labios brotaban, a modo de ejemplo, los heroísmos de griegos y romanos, y a las veces fulminaba frases terribles que nos acordaban de Tácito. El *Ego sum romanus*, el *Civis romanus sum*, expresábalos con nerviosa fruición como si viviese en los grandes días de Roma. Al pasar los umbrales del Colegio leíamos sobre el dintel de la puerta del salón de clases, en grandes letras negras: *Dulce et decorum est pro patria mori*. Más que hombres de letras y de ciencias, formaba soldados el espíritu romántico y duro de aquel varón formidable. El resultado no se hizo esperar mucho tiempo. En las primeras convulsiones políticas, todos, niños imberbes aún, volamos de las aulas a los campamentos, unos a un bando, los otros al opuesto; y muchos murieron al fin bizarramente, y casi todos regaron con su sangre nuestros campos, donde no debía caer sino el riego generoso que beneficia las plantas.

La admiración inconsulta de las acciones heroicas es la sombra que acompaña siempre a la luz de la historia. Sin duda fue esta sombra la que hizo prorrumpir al célebre orador latino en la extraña paradoja de que la historia es la mayor enemiga de la tranquilidad pública. Lo es cuando el criterio extraviado o las pasiones desapoderadas la falsean y la hacen servir de instrumento a planes proditorios, riesgo a que están expuestas en el mundo las cosas más santas. De modo que es éste un hecho accidental dependiente de circunstancias especiales, acaso del carácter y la gravedad del que estudia la historia, o de la manera de estudiarla y comprenderla; mas nunca del fin general a que se encamina y de la importancia que en sí tiene como espejo y guía de las acciones del hombre.

Claro que la enseñanza psicológica y educativa de la historia no es tan absoluta que baste para prevenir todos los males y establecer el imperio del bien, que ello no sería posible en medio de las pasiones que de continuo atormentan a la humanidad, y cuando no en todos los casos convienen con perfecta exactitud todas las calidades y accidentes, los acontecimientos mismos y la situación de los actores. Esta contingencia y los defectos personales de los autores, el apasionamiento, el interés, y a las veces el afán de lucirse, sacrificando el fondo a la belleza de la forma, son lo que principalmente vulnera la importancia de la historia, que debe ser maestra de la vida, maestra del gobierno de los pueblos con las enseñanzas de la experiencia; y divulgando las ideas y las opiniones más elevadas en todos los asuntos, facilitar el respeto de los derechos, el cumplimiento del deber y la observancia de las leyes.

Y cuenta, señores, con los juicios preconcebidos, con los extravíos del criterio, con los heroísmos falsos y las invenciones audaces. La historia del mundo está llena de ellos. Tácito mismo habla de los cristianos y de los judíos como si no los hubiese conocido o los odiase; la historia del Bajo Imperio y la de Grecia están llenas de fábulas, y de fábulas la de Italia, la de Francia y la de España, Herodoto, el padre de la Historia, hace afirmaciones extrañas, que Aristóteles en su *Historia de los Animales*, destruye por completo y califica de necedades, las hazañas del famoso sobrino de Carlomagno,¹ y de Bernardo del Carpio son puras fantasías;² el folgamiento del Rey D. Rodrigo no ha existido, aunque vivirá eternamente en los labios divinos de Fray Luis de León;³ nadie pudo recoger las magníficas arengas que el Cardenal de Retz, siguiendo la costumbre de los clásicos establecida como principio por Quintiliano, pone en boca de

¹ Roldan, Conde de la frontera de Bretaña, fue muerto con otros jefes al atravesar Carlomagno las rocas escarpadas de los Pirineos. Esto es lo único histórico; lo demás que de él se ha escrito es fabuloso. Entre sus hazañas, inventadas por la *Crónica del Obispo Turpin*, libro novelesco y apócrifo, pues Turpin murió catorce años antes del reinado de Carlomagno, se cuenta la inmensa hendedura de los Pirineos al pie de la torre de Marboré, que dicen fue abierta por un golpe descargado por la durindana de Roldan; y como ésta saltó en pedazos, cogió su cuerno para llamar al negligente Carlos y al traidor Ganalón de Maganza; y le tocó con tanta fuerza, que el mundo tembló y al héroe se le reventaron las venas del cuello. Roldan está en el martirologio de Usuard, el 19 de junio. Tampoco fue Roldan sobrino de Carlomagno. (Basta consultar a Cantú.) La crónica de Turpin y los poemas acerca de Roldan parecen imitación de los antiguos poemas escandinavos, donde los héroes despedazan las montañas y sus espadas maravillosas reciben nombres como seres animados. *Durindana* parece un plagio de *Birtinga*.

² Algunos historiadores españoles fingien creer en la existencia de Bernardo del Carpio, porque los Carpios se ufanan de tal estirpe, pero está comprobado que es un personaje fabuloso. Altamira en su excelente *Historia de España*, tomo I, *La Dominación musulmana y la Reconquista*, sienta, como otros historiadores, que la figura de Bernardo del Carpio es fabulosa y de invención muy posterior a aquella época. Al historiador Mariana ya le hizo atinadas advertencias el Marqués de Mondéjar. En 1769 salió a luz, y con Real Privilegio, la obra intitulada *Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla*, por D. JOSEPH BERNI y CÁTALA. En ella leo (pág. 27): "La historia de D. Bernardo del Carpio nos la cuentan romances y comedias, y es lástima que eruditos escritores den crédito a esta fábula." Basta de citas.

³ El célebre estudio histórico-crítico *Caída y Ruina del Imperio Visigótico Español*, publicado en 1883 en un volumen en 4.º por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe ha acabado de comprobar lo fabuloso de la leyenda de la Cava y D. Rodrigo. El insigne arabista D. Eduardo de Saavedra en su *Estudio sobre la Invasión de los Árabes en España*, confirma las investigaciones del señor Guerra y Orbe, y dice: "Para basar toda la conquista en una traición, hacía falta una ofensa gravísima que vengar, y los árabes adoptaron desde el principio la historia por demás famosa de la violación de la hija de Julián, mero pretexto para denigrar la memoria de Rodrigo. El señor Fernández-Guerra ha explicado el desarrollo sucesivo de esta fábula con aquella brillantez, propia de todos sus escritos, que ha avalorado sus importantes investigaciones sobre esta época tan confusa." Hay más, no hubo tal traición de D. Julián. El traidor fue Sisberto, partidario de los hijos de Witiza, que habiendo hecho propalar que Rodrigo no era hijo legítimo, logró que sus fuerzas lo siguiesen al campo contrario, pues la supuesta ilegitimidad chocaba con las antiguas costumbres germanas.

Verrina, de Calcaño y de Fiesqui; Malespina atribuye a Atila actos que no han podido ser obra sino de Totila, caso de no ser pura invención; Cambronne no lanzó en Waterloo ni la frase tan celebrada ni la apostrofe que ensalza Víctor Hugo.⁴

También el interés de partido arrastra a tergiversar los hechos y a establecer suposiciones gratuitas acerca de los actos y de los actores de una revolución; por donde hay historias y aun documentos de integridad sospechosa. Thiers, en la *Historia del Consulado y del Imperio*, impulsado por el propósito de justificar a Napoleón del infame asesinato del duque d'Enghien, inserta la esquila del Príncipe de Condé a su hijo acerca del supuesto viaje de éste a Strasbourg, y calla la noble contestación del hijo, que manifiesta la calumnia. El provecho de la causa que defendía, y el convencimiento de la religiosidad de los pueblos hispano-americanos, llevaron a Morillo a sentar monstruosas calumnias en la proclama expedida el 22 de enero de 1816, un mes antes del gran crimen que había premeditado; del 24 de febrero en que fusiló a los varones más ilustres del Virreinato de la Nueva Granada. Y abundan los ejemplos. Los historiadores realistas y los republicanos no ocultan tampoco sus predilecciones y antipatías al relatar los acontecimientos y estimar el valer y servicios de los hombres; y es principalmente porque la historia no puede escribirse, como si dijéramos, sobre el campo de batalla, vivos aún los hombres y las pasiones.

Aún Baralt, más literato que político... vosotros sabéis, señores, cómo pasa Baralt por cima de los errores de los héroes que le apasionan, olvidando que el envanecimiento de la gloria suele ensoberbecer al hombre, y la soberbia es madre de grandes errores, y desastres. Por otra parte, los grandes hombres, como consecuencia y contrapeso de su grandeza moral, poseen asimismo grandes defectos. Hombre de completa perfección sería una maravilla, algo sobrenatural como un dios; y luego, considerad que no podríamos tener idea de la luz si no conociésemos la sombra, tan inseparables viven. Por donde es falsificar la historia y faltar al verdadero patriotismo y a la verdad, intentar hacer creer que nuestros hombres eminentes no tuvieron sino eminentes virtudes.

En estos días mismos habéis visto, al igual que yo, a un joven historiador, impulsado por lazos de sangre, y desatendiendo veraces documentos políticos que testifican la intriga y la maldad, defender y ensalzar a un reo de alta traición, condenado a muerte en Consejo de Guerra de Oficiales Generales, y librado del patíbulo por la generosidad y el tacto político de Bolívar.

Aún en otros asuntos de carácter histórico, o el amor al arte o la vanidad y escasez de conocimientos y noticias, arrastran al pecado a grandes talentos de merecida celebridad.

Baronius, en su *Martirologio Romano*, incluye muy gravemente a una Santa *Xinoris*, que dice mártir de Antioquía muy elogiada por San Crisóstomo y San Jerónimo; pero resulta que *Xinoris* es un vocablo significativo de *pareja* o *par*, y que aquellos dos santos lo emplean refiriéndose el uno a los dos mártires Juventino y Máximo, y el otro a la madre y la abuela de Santa Demetria.

Publica Chateaubriand su *Itinerario de París a Jerusalén*, y a los pocos años el griego Avramiotti que le había recibido en su casa de Argos, comprueba las inexactitudes, errores, invenciones y fantasías de la obra, que va, volando por las cimas del Olimpo y del Pindó, hasta colocar, según le place, las ciudades, los templos y los

⁴ Ni la apostrofe, ni la frase *La guardia muere pero no se rinde*, fueron pronunciadas por Cambronne. Tampoco inventó Víctor Hugo dicha apostrofe, como creen algunos. Son hechos comprobados. Dos granaderos dijeron que en el combate creyeron oír dicha apostrofe, sin duda por confundir el vocablo con el de forma semejante *meurt*, que cualquiera pudo expresar por cualquier motivo. Años antes de que Víctor Hugo publicase *Los Miserables*, ya decía Ludovic Lalanne, en su escrito *Erreurs Populaires*: "On sait maintenant a quoi s'en tenir sur l'authenticité des mots *Fils de saint Louis, montez au ciel.*"

edificios, y afirmar haber descubierto las ruinas de Esparta, descubiertas y conocidas de largos años atrás. No más feliz fue en su *Viaje a América*, cuyos errores e inverosimilitudes ha demostrado el americano Bancroft.

No acabaría nunca, señores, si hubiese de citar todos los despropósitos que se han encontrado en las obras históricas de todos los países; pero bastan los apuntados para comprobar la utilidad de estas Academias, que están en el deber de poner las cosas en su lugar, trabajando así en provecho de la eficacia moral de la historia, porque ni la mentira es conveniente ni útil al caso, ni son los tiempos modernos los de las historias puramente heroicas y políticas. Todo, las ciencias, las letras, las artes, la religión, las armas, la vida de todos los hombres notables en todos los órdenes, en el político, en el literario, en el industrial, en todos, debe formar parte de la historia de una nación, porque se enlazan legítimamente y constituyen en conjunto la civilización y cultura de los pueblos.

Sobre todo, debe serse celoso en la investigación y corrección de los hechos, sin aceptar invenciones fabulosas que no estén comprobadas, ni omitir errores y crímenes que pueden servir a la experiencia de los hombres y de las naciones. Tenemos pleno derecho a la verdad; tenemos derecho a ver patente la realidad de las acciones del hombre, a fin de conocer las leyes morales a que la humanidad está sometida por designio divino, y aprovechar las lecciones de la experiencia. La virtud tiene la blancura resplandeciente de los astros; el crimen es negro como la noche. Nada es arbitrario en la naturaleza, creada por un poder regulador y supremamente sabio; y nada existe perfecto y eterno sino la providencia divina. Un momento desgraciado en la vida del hombre, abate su gloria; un momento feliz, la encumbra. Y todo, señores, porque la virtud es un sol, y un abismo el crimen.

Quebrantemos, pues, la dureza de la rutina que arrastra a la imitación de los antiguos clásicos, creando así obras con personajes que no son tales como fueron sino como describen a otros Tácito o Plutarco, con proezas legendarias, a las veces supuestas, con prestadas virtudes y ocultamiento o disimulación de errores, cuando las virtudes exageradas o fantásticas menoscaban la veracidad, y los errores nos traen la experiencia, que es madre del acierto. Debemos pensar que escribir una historia no es lo mismo que escribir un poema; y que aunque el corazón del hombre sea siempre el mismo, el cambio de los tiempos y de las ideas modifica el modo de obrar y los acontecimientos humanos.

Las corrientes del mundo han cambiado, como cambian las corrientes del océano. Los pueblos han roto los hierros de la esclavitud sobre la frente de los tiranos, y el mundo avanza hacia un horizonte de splendores desconocidos.

Las guerras de hoy no son las de los tiempos medioevales, ni es ya la guerra la aspiración de los pueblos. El ideal es más noble y alto: el progreso; la paz cierra las alas en las cumbres de la civilización. Descubrimientos e invenciones maravillosas, ciencias, artes, industrias, han impreso al mundo un nuevo carácter y dado a los pueblos un nuevo poderío que ha venido desarrollándose lentamente. La historia ha debido y debe presentar esa renovación en todo su brillo, sin omitir parte ninguna, de manera que todas tengan la trabazón y correspondencia que requiere la grande obra del hombre.

La historia no debe girar en torno de los poderosos, que en vano se agitan aún los déspotas por dirigir los destinos del mundo: hablan los pueblos, y los hacen temblar en el solio vacilante. La historia, para que sea eficaz, debe ser el espejo de las naciones, de sus hombres y de su vida.

Lo que me ha sido dado decir en el curso de este trabajo comprueba la importancia innegable de la historia y la utilidad de las Academias encargadas de esclarecerla y depurarla, y de vulgarizar los principios que deben darle forma y sustancia; por lo que,

señores académicos, justo es recordar aquí el acierto del Doctor Rojas Paúl al crear este Cuerpo.

Si lo que dejo dicho no bastare al logro de mi propósito, culpa es toda de mis escasas luces y limitadas facultades.

Os doy expresivas gracias, señores, por la benevolencia con que os habéis dignado oír tan desmañado discurso. Con creces os resarcirá de la pérdida de estos instantes el docto Académico que va a ocupar la tribuna.